

pará, debilitará, importunará al pueblo con guerras, y se forjará á sí mismo la ilusión de que engañará sin escrúpulo al mundo sabio sobre el fin que se propuso, hasta que este castillo de naipes se hunda ó se reduzca á cenizas. Pero llamada á los fieles servidores de la Iglesia, y dadles pleno poder; usarán de estos medios con moderación y cuidado, es decir, los aplicarán en la medida que les aconseje la miseria inevitable y el celo por la verdadera utilidad del pueblo. Empezarán desde luego por enviar misioneros al corazón de esas turbas desgraciadas y descarriadas; establecerán nuevos curatos y conventos; simplificarán los programas de las escuelas, harán de la religión y de la vida eclesiástica el centro de los establecimientos de educación, y pondrán en seguida manos á la obra. Y este trabajo tendrá por resultado la frecuentación de los templos, la santificación de los días festivos, el respecto al sacramento del matrimonio, la disciplina en las familias, la obediencia á los superiores; producirá la castidad en la generación futura, la sumisión en los jóvenes y criados, la equidad en los amos, el amor al sacrificio en los que sufren, la justa administración de las leyes en los encargados de la cosa pública; engendrará la justicia, la obediencia, la moderación, la economía, la frugalidad, la abnegación personal, y todo esto refiriéndose solamente á dos palabras que serán siempre las primeras y las últimas en sus labios, á saber: fe y piedad. <sup>(1)</sup>

**8. La inteligencia consiste en la aspiración de las potencias del alma humana hacia Dios.**—Estamos dispuestos á responder á la pregunta: ¿Qué es el espíritu? ¡Oh desgracia, en qué mundo vivimos! Nos hemos visto obligados á recorrer todos los dominios de la civilización, desde el principio de los tiempos hasta la hora actual, para repetir únicamente: «Esto no es espíritu, aquello tampoco lo es, aun cuando haya miles de personas que así lo crean.

(1) Cf. Clem. Alex., *Pædag*, 1, 1, 2. Augustin., *De magistro*, 21 y sig., 36, 39, 45. *Enchirid.*, 1, 2, 3. *De fide et op.*, 7, 11 y sig. *De agone Christ.*, 13, 14; 33, 35. Synesius, *De providentia*, 9, 2 (Bibl. max., P. P. VI, 109, h).

Y, sin embargo, nada hay más sencillo y claro que el asunto que estamos tratando.»

Mientras Adán estuvo sobre la tierra, no haciendo, por decirlo así, más que una sola cosa con ella, no había espíritu en él. Pero en el momento en que el espíritu de Dios le inundó, se separó de la tierra y se levantó. Así, todos los discursos que se hacen sobre el espíritu no son otra cosa que palabras vacías de sentido, mientras uno no se desprenda por lo menos de las cadenas de las inclinaciones terrestres. Las personas sensuales carecen de verdadero espíritu. <sup>(1)</sup> Se aficionan á las cosas de la carne. <sup>(2)</sup> Ahora bien, las cosas de la carne son: la fornicación, la deshonestidad, el libertinaje, la idolatría, la magia, las enemistades, las contiendas, los celos, los arrebatos, las disputas, las divisiones, las sectas, la envidia, el homicidio, la embriaguez, los excesos en la comida y otras cosas semejantes. <sup>(3)</sup> Para darnos cuenta de todo esto, la Revelación divina no era necesaria. La razón y la conciencia nos lo dicen bien claramente. Esto sólo nos da á conocer suficientemente que el sacudimiento producido por el pecado no alcanza solamente á la vida de la gracia, sino también á la naturaleza misma, de tal suerte, que hay gentes que se atreven á decir que es un privilegio para los hombres inteligentes el estar reñidos con la moral, y que un gran espíritu no debería hacer otra cosa sino pisotear estas mezquinas leyes. Semejante afirmación es contraria á la lógica y á la razón. ¡Ahogar el espíritu en la carne debe ser la primera condición para vivificarle! Responder á esto, sería rebajarse uno mismo. ¡No! Carne y espíritu son dos cosas opuestas entre sí. <sup>(4)</sup> El que camina según el espíritu, no realiza las aspiraciones de la carne. <sup>(5)</sup> Mientras uno vive según la carne, el espíritu no entra en posesión de sus derechos. Pues si alguno quiere vivir según el espíritu, le

(1) Jud., 19.

(2) Rom., VIII, 5.

(3) Gal., V, 19 y sig.

(4) Gal., V, 17.

(5) Gal., V, 16.

es antes preciso romper con la carne, es decir, debe alejar de sí las obras de la carne y obrar según las leyes del espíritu. <sup>(1)</sup>

Con tales palabras,—y son palabras de la Revelación,—nos atraeremos sin duda alguna las burlas del mundo. «Pues bien,—esclaman,—según esto, una aldeana, demasiado tímida para gozar de la vida, ¿tendrá más espíritu que una Semiramis ó una Deffand?» ¿Y por qué no, si su supuesta timidez proviene de una razón excelente? Sin duda alguna que no sólo porque no obra mal tiene espíritu, ya que, de lo contrario, también la piedra lo tendría; sino que, cuando triunfa de todas las tentaciones, provengan de su misma naturaleza ó de alguna otra causa, con la intención que el catecismo y los ejemplos de los santos le enseñan; cuando se sobrepone á sí misma para elevarse hacia Dios, estamos ciertos de que vive en ella un espíritu con el cual los espíritus más fuertes y distinguidos no podrían compararse. Esto mismo se aplica á todas las victorias obtenidas sobre las penas y dolores de la vida. Es increíble la fuerza de voluntad y la elevación de espíritu que se necesita para soportar sin sucumbir las miserias de la existencia, y para no perder, por consecuencia de las necesidades diarias, todo sentimiento noble. Se necesita una grandeza de espíritu de que los charlatanes y los niños maleados por los caprichos no tienen la más mínima idea. Preciso sería que estuviéramos muy poco seguros de la bondad de nuestra causa, si reflexionásemos solamente unos minutos para saber á quién debemos dar la preferencia en lo relativo al espíritu, si á Voltaire, Goethe y Byron, ó á un sencillo aldeano que sirve á su Dios, á su patria, á su municipio, á su familia, y esto al precio de los más penosos esfuerzos, suponiendo que sepa porqué y para qué fin lo hace. Pero lo sabrá bien, si lleva su carga por obediencia á Dios y por amor á su Redentor, y si transforma sin cesar este trabajo por medio de la oración.

(1) Gal., V, 25. Rom., VI, 12; VIII, 5, 12, 13.

Todo depende, pues, de que aprendamos el arte de animar toda cosa, toda acción, y, ante todo, de animarnos á nosotros mismos del verdadero espíritu. Ningún hombre, al nacer, viene dotado del espíritu de que aquí se trata. Debe empezar por apropiárselo, para hacerlo pasar después de su interior á los objetos que le rodean, para animar por este medio el mundo, la vida y el trabajo. No son los pensamientos elevados, ni las palabras espirituales los que entrañan el valor de la vida; lo que importa no es lo que se hace, pero sí la manera de hacerlo. Hay muchos acontecimientos y hechos, á los cuales la historia de la política y de la civilización dirige alabanzas magníficas, pero no tienen espíritu en sí, ó, si lo tienen, no es el verdadero. En cambio, Aquél cuyo solo juicio todo lo decide, conoce muchos sacrificios y acciones, á los cuales el mundo atribuye poca importancia, pero que Él estima mucho, sin embargo, porque las encuentra animadas del sólo espíritu que tiene valor á sus ojos. Ahora bien, ese espíritu no es otra cosa que la tendencia del pensamiento, de la voluntad, del corazón, que la doctrina cristiana sobre la virtud impone como deber á cada uno de sus discípulos, á saber, la elevación de nuestra inteligencia y la dirección de nuestros esfuerzos hacia Dios, único y último fin de todo lo que existe. He aquí la escala por la cual será juzgada toda nuestra vida ante Dios y la verdad eterna. El acto externo no es nada; la intención y el fin lo son todo. Un fin vulgar hace vulgar la más santa acción; una intención santa da espíritu y vida á la acción más insignificante. <sup>(1)</sup> El que no busca más que la tierra, con sus honores y placeres, permanece terrestre y carnal, aun cuando tuviere la ciencia de Aristóteles y la gloria de Alejandro. Pero el que busca á Dios y la salvación de su alma en cada una de sus palabras; en una palabra, el que busca su fin verdadero, único y sobrenatural, es espíritu, vive del espíritu, camina en el espíritu, aun cuando no haga toda su vida, sino el trabajo del carbonero y de la lavandera. Lo re-

(1) Tom. V, Conf. V, 8.

petimos, pues: El espíritu vivifica. <sup>(1)</sup> El que se apega á la tierra, es terreno, pues tal es la tierra, tales son también los terrenales. <sup>(2)</sup> Mas el que se une al Señor forma un solo espíritu con Él. <sup>(3)</sup>

**9. Tres condiciones preliminares para la verdadera formación de la inteligencia.**—Se ve, pues, claramente que, para elevar á los hombres á esta vida del espíritu, las exigencias verdaderamente intolerables que imponen hoy á la educación, son superfluas. Como ya lo hemos notado, no condenamos el derrotero que conduce á la instrucción; al contrario, no sabríamos ponderar suficientemente que éste es el primero é indispensable medio para la educación. Si se descuida la enseñanza, resulta de ello una pérdida enorme. Si se da de una manera falsa, el hombre tendrá que deplorar toda su vida las más amargas consecuencias. Ahora bien, si esto se aplica á la educación que tiende únicamente á fines puramente terrenos, se aplica con mucha mayor razón á la educación que mira al fin sobrenatural. Por consiguiente, aun cuando el mundo entero se subleve, jamás cederemos sobre este punto, á saber, que toda verdadera formación del espíritu debe tener origen en la enseñanza de las verdades referentes á la salvación, basarse en las doctrinas de la fe, y tener siempre en cuenta estas últimas. De aquí que reclamemos de todos aquellos á quienes esto se refiere, y de todos los que tienen algún poder sobre este asunto, que vigilen para que la instrucción sea perfecta en todo lo que es necesario y útil al hombre para la vida terrena. En cuanto á la instrucción relativa á las doctrinas de la salvación, hacemos con mayor energía la misma petición, puesto que se trata aquí, no sólo de un ideal sublime, sino también de un deber religioso sagrado, que debemos llenar respecto de Dios, y del cual depende la salvación de las almas. <sup>(4)</sup>

(1) Joan., VI, 64. I Cor., XV, 45.

(2) I Cor., XV, 48.

(3) I Cor., VI, 17.

(4) Cf. Augustin., *Trinit.*, 12, 14, 21. Hieron., *In Amos*, 8, 11.

Para que la enseñanza sea verdaderamente provechosa al espíritu y le forme en realidad, no debe pasar de ciertos límites. Toda instrucción, cualquiera que sea, debe darse, en primer lugar, seriamente, es decir, como disciplina del espíritu, no sólo para satisfacer la curiosidad, sino también como ejercicio de una obligación más elevada. Una instrucción superficial daña al alma, quita á la voluntad la fuerza de vencerse á sí misma, hace á la imaginación inconstante y veleidosa, al corazón ligero, á la cabeza vanidosa, perezosa, é incompleta. De aquí que valga más dar poco, pero que sea necesario y fundamental. Sin abnegación personal y sin cumplimiento del deber de parte del que enseña y del que aprende; sin un trabajo serio del lado del alumno; sin una disciplina rígida por parte del maestro, no hay verdadera formación del espíritu.

Pero para llegar á esto y para soportarlo, preciso es que la enseñanza dada y la recibida estén subordinadas á un fin más elevado. Por lo que, en segundo lugar, toda instrucción dada y toda instrucción recibida no prosperarán verdaderamente, sino en el caso de que todas sus miras tengan sólo por objeto el último fin. Aprender á conocer todas las plantas venenosas de comarcas lejanas, y complacerse en guardar la cizaña en el fondo del corazón; pasearse por medio de las maravillas de la creación; tocarlo todo, gustar de todo, pero no demostrar respeto y adoración al Señor de esta gran morada, no indagar nada de Él, no es esta la verdadera educación. Cuando alguna persona bien educada, ó que pretende serlo, se propone estudiar las obras de un artista ó las colecciones de un rico personaje, empieza primeramente por pedirle permiso y hacer que le den todos los datos necesarios, y sólo después de esto, penetra ó puede penetrar en medio de los tesoros, pero teniendo siempre cuidado de mostrarse complaciente con los más mínimos deseos del dueño. No ve más de lo que le permite; no goza sino de aquello que pone á su disposición, quedando siempre sumiso á su beneplácito. El deseo salvaje, la in-

temperancia insaciable y la grosera falta de atención, que caracteriza actualmente el delirio de aprender, no son solamente una ridícula postración del espíritu, sino también un pecado contra Dios, Señor de los espíritus, un semillero de groserías, y un obstáculo á la formación verdaderamente distinguida.

Por lo tanto, si nuestra formación intelectual quiere conducir en realidad á la humanidad al fin que se propone, preciso es que se imponga, como tercera ley, aquella moderación noble y modesta que nuestros padres de la Edad Media consideraban, según hemos visto, como condición indispensable de toda virtud y de toda belleza. <sup>(1)</sup>

**10. El principal camino que conduce á la formación de la inteligencia es la disciplina; dominio de la inteligencia.**—Ahora bien, todo esto descansa sobre el principio, que ya hemos expuesto, aunque no suficientemente, de que la ciencia, por sí sola, no constituye la educación, y que, por consiguiente, no conduce tampoco á la verdadera educación. Si no se desarraiga del corazón del hombre el error de que la ciencia lo es todo, no se ha hecho nada, ó no conducirá á nada. No, la ciencia no lo es todo; la ciencia, por sí sola, es muy poca cosa. Sin duda, la ciencia es condición y principio de todo bien, por lo que la adquisición de la verdadera ciencia es uno de los deberes más sagrados del hombre; pero aun cuando yo poseyese toda la ciencia, no habría hecho más que poner la base de mi formación, y recorrer la escuela preparatoria. Antes de emprender cosa alguna, me es preciso saber primeramente lo que soy, y hacia qué fin dirijo mis esfuerzos. Después, me es necesario querer lo que sé y hacer lo que quiero. He aquí resumido lo que forma completamente al hombre. Un hombre inteligente no es siquiera la mitad de un hombre, no es más que la tercera parte. También ha dicho el Señor que la verdad hace libre al espíritu, <sup>(2)</sup> pero, por esto, no se entiende solamente la verdad conocida, sino

(1) Cf. Augustin., *Enchirid.*, 5, 16.

(2) Joan., VIII, 32.

también la verdad practicada. Sí, para conocer bien esta verdad hay que empezar por practicarla, según la palabra del Señor. <sup>(1)</sup>

De aquí que la disciplina del espíritu por la acción y la violencia que se le hace, es y continua siendo, no sólo el medio principal de la formación intelectual, sino su condición preliminar. Esto aparece ya en la vida ordinaria. La actividad producida forzosamente por la necesidad es un poderoso medio de avivar el espíritu. ¡Cuántos hombres notables no hubieran jamás llegado á ser lo que han sido y lo que son, si no hubiesen pasado por la áspera escuela de la vida! ¡Cuántos otros, con las disposiciones de que estaban dotados, hubieran llegado á ser hombres eminentes, si no hubiesen llevado una vida tan cómoda y regalada! ¡Y cuánto mejor puede aplicarse esto á los esfuerzos hechos para perfeccionar el espíritu! Aquí toda ciencia es muy poca cosa, por no decir vana, cuando alguno no se conduce seriamente con ella; seriamente, no sólo con hermosas palabras, pero con actos honrados. Sólo hay una vida que se mantenga elevada muy por encima de los caminos de la carne y las pasiones, una vida en la cual obran, cada una por su parte, la inteligencia, la voluntad y la acción, una vida, en fin, que se eleva por encima de toda esta existencia terrena y que aspire sin cesar hacia Dios, una vida verdadera del espíritu. Es una ilusión el creer que se puede llegar á este fin por modo sencillo y fácil. No, el camino que conduce á ella es escabroso y complicado. Apropiarse una ciencia muerta, es lo menos que puede hacerse; pero de donde depende todo es de la abnegación personal, de la mortificación de los sentidos, de la sensualidad, de las codicias y de los movimientos desordenados del corazón; esto es hacerse dueño de la verdadera piedad.

De soberana importancia es que esta convicción sea de nuevo establecida en el corazón de todos los hombres, y especialmente que todo nuestro sistema de educación sea

(1) Joan., VII, 17; VIII, 31.

transformado según ella. ¿Qué provecho han sacado el hombre y el mundo, hasta ahora, de que el espíritu humano haya utilizado para su servicio la tierra y todas sus fuerzas? Grande gloria es haber descubierto soles que durante millones de años habían quedado ocultos á los ojos de los hombres; es una acción incomparable el haber robado el relámpago al cielo y dominado el poder del vapor. Pero con todo esto, ¿ha mejorado el hombre al mundo? ¿ha arrancado del corazón de uno solo de sus semejantes lo que le rebaja y atormenta? ¿Se ha ennoblecido á sí mismo? ¿ha mejorado? ¿se ha purificado? ¿ha establecido la paz y la unidad en su interior? Nada de eso. Poned en el paraíso á un hombre en posesión de toda la ciencia, pero un hombre que no sepa dominar su espíritu y elevarlo hacia Dios; no podrá hacer otra cosa sino profanarlo. Ni siquiera estaría en él á gusto, pues en todas partes donde pusiese el pie, lo haría inconsideradamente, para dar asilo á las pasiones, si no ya á los vicios de la carne. En sus manos, el arte y la poesía se convertirían en veneno, la ciencia en duda turbadora, el placer en insubordinación, y toda fiesta en orgía. Al contrario, poblad un desierto de hombres pobres, débiles, ignorantes, sin talentos, sin elocuencia, pero de hombres que no piensen más que en Dios y en su perfección, que purifiquen su interior con los más rudos combates cotidianos, y el desierto vendrá á ser la residencia del espíritu, y bien pronto perderá hasta su apariencia externa, y todos los que tengan sed de perfección, acudirán allí, atraídos como por una fuerza invisible. Al aspecto de un hombre, que, purificado por el fuego de la mortificación, elevado por encima de la vulgaridad ordinaria por sus esfuerzos para llegar á su más alto fin, y que, transfigurado por la oración y el servicio de Dios, ha aprendido á andar por los caminos del espíritu, aun los mismos que no comprenden nada de todo esto, se encuentran maravillosamente consolados y fortificados. Allí donde se presenta, allí donde pone su mano, un soplo vivificante del espíritu viene á su encuentro, sin que él mismo

se dé cuenta de ello; y todo lo que le atañe, placer ó dolor, es para él medio de adquirir una perfección más elevada. La tentación no hace más que fortalecerle; la desgracia le levanta por encima de lo que no es digno de nuestra elevación y de lo que es peligroso para nuestra pureza. Lo que en tiempos pasados le había echado por tierra, le da ahora una nueva ocasión de mostrar al mundo, en nombre de Dios, que en él habita un espíritu nuevo y superior, que le enseña á obrar, sufrir y vencer, allí donde desde largo tiempo se hubiera él mismo declarado vencido. Y cuando el espíritu mezquino de este mundo desde hace tiempo ha cerrado la puerta á sus pensamientos, entonces es cuando aparece su mundo propiamente dicho, el mundo de lo infinito, el mundo de la eternidad.